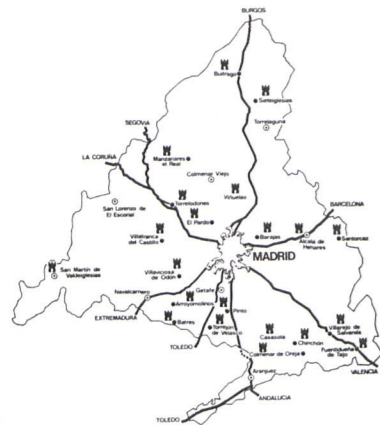


LOS CASTILLOS DE MADRID



EL DE VILLA FRANCA,

donde, según la leyenda, nació el pirata Barbarroja

EN este recuerdo mensual a los castillos de Madrid, le toca el turno a una de las fortalezas más desconocidas de la provincia: el Castillo de Villafranca, cuyo nombre, como parece ser normal, no va unido al de uno de sus pueblos. Se encuentra en una finca situada a la izquierda de la carretera que va de Majadahonda a Villanueva del Pardillo, muy cerca de la capital, y algunos dieron en denominarle castillo de Aulencia, tal vez por estar emplazado sobre la confluencia de este arroyo con el río Guadarrama.

De este castillo mudéjar se desconoce su historia; sólo lo que dice una leyenda absurda, contada en las «Relaciones Topográficas de Felipe II», que le convierten en el lugar de nacimiento del célebre corsario argelino Barbarroja.

El emplazamiento de la pequeña pero recia fortaleza, sobre una eminencia que domina a los valles cercanos por los que discurren los ríos citados de Aulencia y Guadarrama, le da un eminentemente valor estratégico de característico castillo de guarnición.

Está formado por una gran torre del Homenaje, desproporcionada de acuerdo con el resto del recinto, como si fuera ésta el núcleo inicial del edificio, que completan muros independientes, ciñendo aquélla por dos de sus costados. La imponente torre es de construcción tosca, de cuatro plantas, quedando la puerta primitiva sobre la segunda de ellas como era costumbre. Su último piso debió ser añadido con posterioridad, pues aunque sea de la



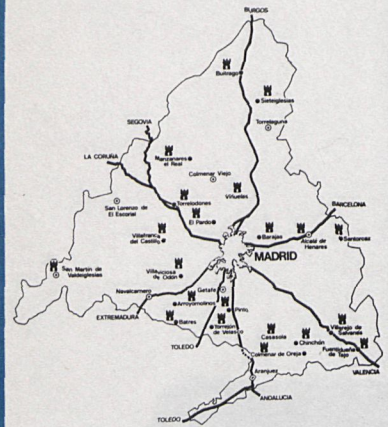
misma fábrica el color de los materiales así lo denotan, y lo mismo ocurre con el chaflán de su esquina.

Su fábrica es arcaica, formada por fajas de mampuesto, que en las partes bajas es más grueso, alternadas con cintas de ladrillo, así como las aristas de la torre, construcción típicamente mudéjar.

Así como la barrera exterior que rodea el conjunto ha desaparecido en sus tres cuartas partes, sólo queda la cortina norte, el recinto interior conserva sus muros casi intactos, formando un cuadrado de unos 25 metros de lado, con torreones macizos y circulares en sus ángulos, que alternan con otros cuatro de igual clase, alzados en los centros de las cortinas. Dos de éstos están vacíos y poseen dos plantas cubiertas por bóvedas semiesféricas de ladrillo estilo mudéjar. Tres torres centrales sobresalen sobre los cubos angulares. En la esquina de la torre del Homenaje y a la altura del cubo central contiguo existe una base de matacán que se supone era útil para soportar un paso de la torre a los adarves de los muros, adarves que, por cierto nada se abre en el lado Este, protegía totalmente desmochado el castillo.

La puerta principal del recinto se abre en el lado Este, protegida por la torre, y en el lado opuesto, en el torreón central, se encuentra una poterna pequeña que da paso al interior a través de un camino abovedado.

LOS CASTILLOS DE MADRID



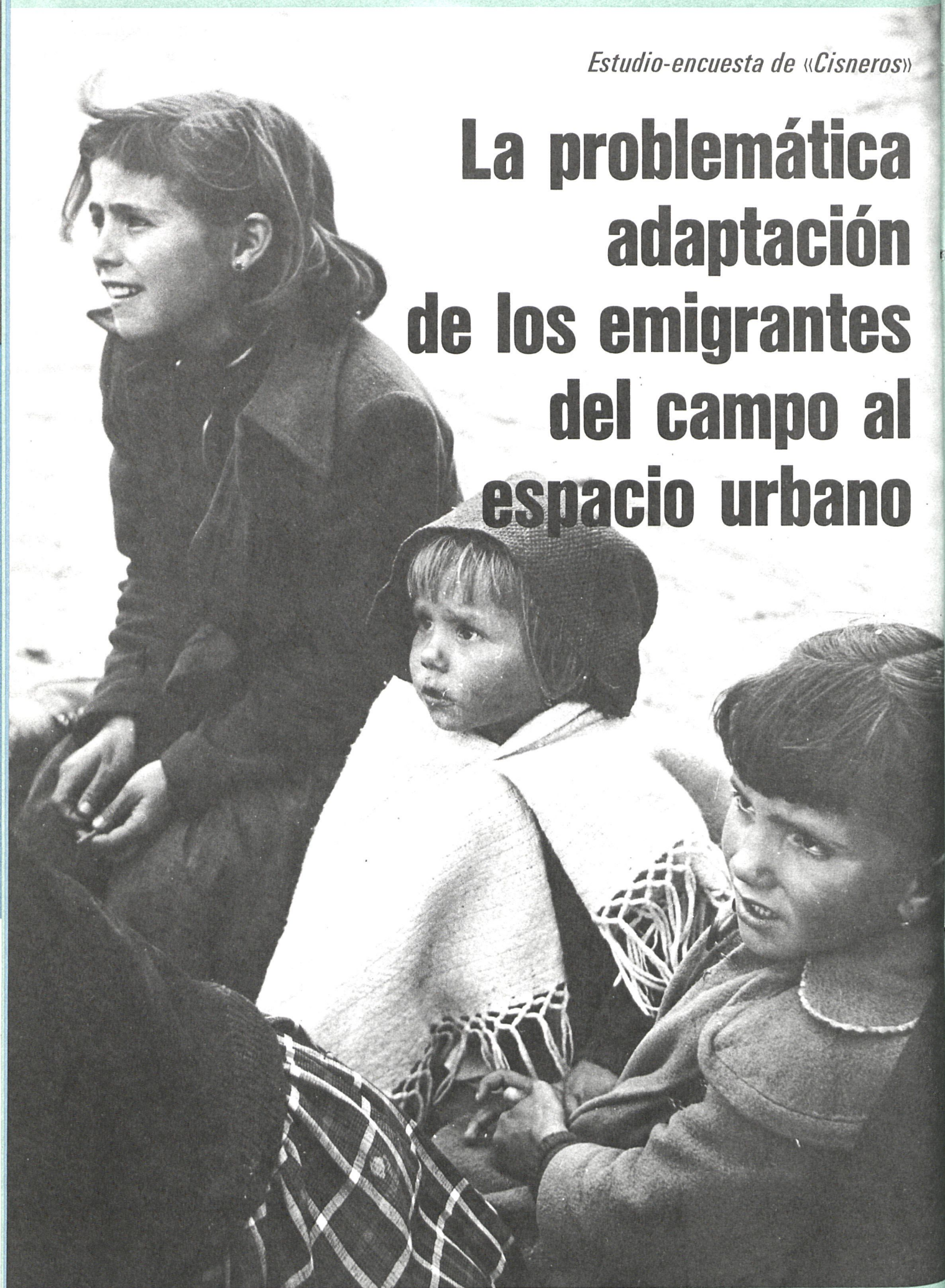
No hay duda de que, como nos dice Federico Bordejé, los diversos pormenores de esta valiosa construcción la convierten en un caso verdaderamente notable como monumento militar, que hacen interesante y necesaria su conservación, ya que sus ruinas constituyen una obra fortificada ejemplar, a la que se debe prestar la mayor atención.

Su fisonomía puramente militar quizá sirviera para que en 1937 tuviera que soportar una auténtica desgracia, al servir de bastión de guerra a una brigada internacional durante la batalla de Brunete, brigada que fue desalojada al asalto, después de un obligado bombardeo que causaría grandes destrozos a ese castillo «desconocido» de la provincia de Madrid, de aspecto y materiales de construcción similares a los de Buitrago.



Estudio-encuesta de «Cisneros»

La problemática adaptación de los emigrantes del campo al espacio urbano



E

L éxodo rural hacia las grandes ciudades no es un problema nuevo. Desde la Revolución Industrial

las grandes urbes movilizan todos los años grandes masas de gente hacia los centros de producción. La posición del inmigrante en todo ésto no es sencilla. Tendrá que asimilar un nuevo modo de vida, un nuevo paisaje, ni mejor ni peor que el campo, simplemente diferente.

Existen dos tipos de inmigrantes, aquellos que podríamos llamar «privilegiados», y que son los que de una forma más o menos desahogada planifican su migración a la zona urbana, y aquellos otros que, desesperadamente, y sobre todo por motivos económicos, tienen que abandonar el campo e ir en busca de un trabajo a la ciudad. Estos últimos sufren un doble proceso de desadaptación. En primer lugar la falta material de medios económicos para subsistir en la gran ciudad, y por otra parte, el «shock» psicológico y cultural al que se ven sometidos por el cambio de habitat.

La adaptación de estas gentes al espacio urbano, no es, pues, una cuestión meramente económica, sino que implica un cambio radical en todo un género de vida. Ante ellas, se alzan todas las dificultades derivadas de tener que enfrentarse con complejos sistemas de comunicación que le son totalmente extraños, los inconvenientes de tener que habérselas con unos espacios ajenos a sus hábitos, con los que no están familiarizados y con una fenomenología social patológica.

Las diferencias que existen entre los grupos minoritarios de inmigrantes y la cultura dominante urbana son sustanciales y básicas, guardando relación con valores tan esenciales como pueden ser la utilización y estructuración del espacio, del tiempo y de las cosas, hábitos todos ellos que se adquieren en los primeros años de la vida y en los que un cambio radical pudiera producir una serie de complejos procesos de marginación. Aunque fuese posible borrar todo tipo de dis-

criminación sobre el inmigrante, seguirían viéndose afectados por un síndrome característico que origina y acentúa el «strees» al que se ve sometido el individuo.

En definitiva, las grandes diferencias culturales entre la vida rural y la vida urbana originarían en el inmigrante rural el sentimiento de vivir en un medio completamente extraño e inadecuado para él.

EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

El primer problema del inmigrante en orden a su adaptación podría ser, tal vez, la vivienda. De la disposición característica de las viviendas en el

El cambio de habitat supone un shock psicológico

medio rural, en la que el trabajador será propietario o posible heredero de la misma, se le traslada a los grandes inmuebles colectivos y en una situación de alquiler. De la concentración rural de las viviendas a la instalación en un barrio periférico, normalmente muy alejado del centro de producción, lo que supone un notable aumento en las horas dedicadas al proceso productivo. La aleatoria situación de estos barrios periféricos provoca en las horas puntas una serie de atascos que no afectan solamente a los trabajadores que poseen vehículos, sino también a la gran masa de individuos que cada mañana espera el Metro y el autobús, en una ava-

lancha que cada día supera más y más las escasas posibilidades del transporte municipal.

El problema de la vivienda viene determinado por un problema cuantitativo, la falta de viviendas, y enmarcado por otro de carácter cualitativo, la especulación inmobiliaria, que acrecienta día a día los alquileres y empuja cada vez más lejos, más al extrarradio, a las personas que buscan vivienda.

La agricultura libera continuamente trabajadores de imposible absorción por parte de las mal estructuradas actividades secundarias y terciarias que el medio rural puede ofrecer. Como resultado de esta situación, los excedentes de trabajadores van a parar a las ciudades. Y en la ciudad se tropiezan con el mismo fantasma que les hizo huir del campo: el paro.

¿EN QUE TRABAJAN LOS INMIGRANTES?

¿En qué trabajan los inmigrantes? La mayoría en la construcción. El auge de las inmobiliarias les lleva a amurallar Madrid con barrios cada vez más periféricos, que habitarán nuevos inmigrantes que a su vez se dedicarán a construir otros barrios periféricos que acabarán alejándoles progresivamente de Madrid y de su pueblo.

Los más afortunados, logran el sueño dorado, trabajar con papeles. El lograr entrar de ordenanza o de sereno en un banco supone un paso en el escalafón del inmigrante no especializado. El sueño de la burocracia en el reino de los papeles: Madrid. Muchos centros oficiales, ministerios, hospitales, etc., darán trabajo a unos cientos de inmigrantes, aunque como ya hemos dicho, son una minoría afortunada, porque hasta para ser ordenanza hay que tener padrino.

Los estudios realizados sobre las mutaciones profesionales demuestran que los que más abandonan el campo son jóvenes sin experiencia alguna en cuestión de empleo. Jóvenes menos arraigados a la tierra que sus padres. Jóvenes que, en su mayor parte solteros, poseen una cultura general más

elevada y para los que la posibilidad de inmigrar es una puerta abierta para huir de la opresiva situación del campo.

Los estudios sociológicos sobre la inmigración muestran cómo ésta es más frecuente entre aquellos trabajadores que han alcanzado un nivel elevado de formación, tanto general como profesional, niveles a los que lógicamente acceden con más rapidez los jóvenes.

El empleo urbano del migrante le permite apreciar la variedad y calidad de los servicios públicos y privados de la ciudad. Y surge la comparación con los que puede disponer en su pequeña comunidad rural. El campo no es sólo la vida tranquila al sol, es también una casa sin agua potable que hay que traer desde la fuente, una ausencia de vertederos, de retretes que muchas veces se traslada al pozo negro del establo. Es también verdad que en la ciudad muchas personas padecen condiciones de vida escandalosas, pero no podemos olvidar que esto tam-

bién ocurre en el campo aunque por razones muy diferentes.

Queremos citar una encuesta realizada en 1967, por la Confederación de la Familia Rural en Francia a ciento noventa mil encuestados. Las aspiraciones de los habitantes del campo eran: Empleos mejor remunerados, puestos de trabajo no agrícolas, mejores posibilidades en la utilización del ocio. Los rurales deseaban encontrar en el campo lo que ya encontraban en la ciudad.

Y ya que estamos citando encuestas, citaremos una de Pinchemel realizada sobre inmigrantes rurales al medio urbano.

¿POR QUE SE ABANDONA EL CAMPO?

¿Por qué se abandona el campo? Las respuestas en orden a su importancia fueron: salarios insuficientes o irregulares. Falta de horarios (y jornadas) fijos. Demasiada sujeción. Trabajo excesivamente duro. Falta de porvenir de la



agricultura. Falta de subvenciones a las explotaciones, etcétera.

La ciudad ofrece un gran señuelo, la cultura («mis hijos no serán como yo. Mis hijos estudiarán»). En efecto, las ciudades monopolizan el acceso a la cultura, ¿pero cuáles son las posibilidades reales de escolarización de los hijos? Cada año, en septiembre, se plantea el mismo problema, la falta de plazas escolares. Cada vez resulta más difícil encontrar una

escuela que no sea prohibitiva para las posibilidades de los inmigrantes. Muchos barrios carecen de plazas escolares suficientes, y los hijos de los inmigrantes llegaron los últimos.

La adaptación sólo puede venir determinada por un proceso generacional. Anteriormente comentábamos que la adaptación a un hábito geográfico-cultural, ocurre en los primeros años de vida, en los cuales el individuo está inmerso

en un proceso de socialización. En este proceso el niño va asimilando de una forma natural las condiciones físicas y culturales que le rodean.

El inmigrante rural no es un ente abstracto, no es una porción social que se contabiliza en frías e impresionantes estadísticas. No. La integración de los inmigrantes es un problema grave. Para demostrarlo están los barrios superpoblados, el paro, los alquileres excesivamente altos, los problemas de

desplazamiento, de circulación, de escolarización, la falta de guarderías, y tantas otras cosas. En palabras de Umbral: «Madrid chupa la sangre al país. Actualmente está salvando de la miseria del campo a muchas familias, si bien, a costa de sumirlas en la soledad y la tristeza del suburbio».

Paloma PEDRERO
DIAZ-CANEJA
Ignacio MORENO
CUÑAT